

INSTITUCION FERNAN GONZALEZ

ACADEMIA BURGENSE DE HISTORIA Y BELLAS ARTES

ACTUACION CULTURAL

Conferencia del Reverendo Padre José María Ibero, S. J.

Bajo el patrocinio conjunto de nuestra Institución y de la Escuela Castellana de Investigaciones Históricas «Santo Domingo de Guzmán», disertó sobre «La Cultura prehistórica, en la provincia de Burgos», con fecha 27 de marzo, y en los acogedores salones del Círculo de la Unión, nuestro ilustre compañero de Academia, R. P. José María Ibero, S. J.

El conferenciante dió comienzo a su erudita y documentada charla tratando de fijar, con límites exactos, la antigüedad del hombre sobre nuestro planeta, fecha fijada por el disertante hacia unos 50.000 años antes de Jesucristo, rebatiendo a este respecto falsas atribuciones basadas en un defectuoso cómputo del tiempo, error que trascendió asimismo al tratar de fijar el límite de la longevidad de aquellos primitivos «patriarcas», a los que se asignaron edades de hasta 900 años por una falsa interpretación de la unidad de medida, fijando los límites de vida de hasta once de aquellos entre los límites: mínimo de 146 y máximo de 216 años.

Entrando, en pos de esta precisa digresión, ya de lleno en el tema de su disertación, sienta el principio de que antes del período glacial tercero, nuestro continente estaba ya poblado y que el hombre prehistórico debió venir a Burgos en tribus y en dos oleadas, la una procedente probablemente de África y la otra de Francia. Acamparon en las proximidades de Oña y—orientándose siempre por el curso de los ríos—en Palazuelos y en Burgos (ciudad), precisamente en término de Las Pastizas, donde hoy se levanta la «Barriada Yagüe». En apoyo de tal aseveración el P. Ibero citó los muchos vestigios por él descubiertos, entre ellos valiosos microlitos de la llamada serie epigravetiense muy difícil de encontrar en los museos. El

conferenciante explicó las llamadas culturas del palo y de la piedra, elementos éstos con los que se defendían de las fieras y manifestó que el paso del hombre prehistórico por la geografía burgalesa se demuestra con los descubrimientos de abundantes muestras de sílex. Terminó refiriéndose a las técnicas artísticas que entonces se ejecutaban mediante grabación de figuras en la propia piedra y mostró a la curiosidad de los asistentes, fotografías que reproducen estos trabajos y que ponen de manifiesto la tenacidad y competencia adquirida en estos tan difíciles como sugestivos temas, por nuestro veterano e ilustre compañero de Academia, a quien ni la edad ni las distancias cortan arrestos para darse de lleno a las dos nobilísimas tareas que llenaron su vida, cuajada de años y de merecimientos, son a saber: en lo espiritual el ejercicio de la caridad y un santo apostolado, y en el campo científico un afán bien loable de llevar un rayito de luz a estos misteriosos y profundos arcanos que encubren el paso por la vida—hosca y difícil—de nuestros antepasados milenarios.

El público, selecto y numeroso, premió con un cerrado y bien ganado aplauso, la docta disertación del P. Ibero, a quien nuestra Academia reitera un testimonio unánime de admiración y afecto.

Conferencia a cargo de D. José Luis Cano

Con fecha 18 de marzo, y sobre el interesante tema: «Juan Ramón Jiménez y Rubén Darío», disertó, bajo nuestros auspicios, en el salón de sesiones de la Excm. Diputación Provincial, el ilustre poeta, crítico literario y fundador y director de «Adonais», don José Luis Cano, ya ventajosamente conocido por el elemento cultural burgalés.

Tuvo su inicio el acto con una bella y efusiva presentación del disertante, a cargo de nuestro compañero de Academia Juan Ruiz Peña, quien en acertadas y emotivas palabras, supo pintar, de un lado, la acusada personalidad del Sr. Cano en los terrenos de la crítica literaria y de la poesía, y de otro, como con este ejemplar acto cultural, había querido y conseguido nuestra Institución rendir en pública actuación, un debido homenaje a la insigne personalidad poética de Juan Ramón Jiménez, reciente y merecidamente galardonado con el premio Nobel de Literatura, espaldarazo máximo y codiciado para entrar—y por la puerta grande—en los campos de la inmortalidad.

En pos del cordial parabién, inicia el disertante su bella y muy sabrosa charla, centrada toda ella en la exposición anecdótica y documental de la larga, efusiva y cordial amistad que uniera, desde los inicios de la actuación poética en España del gran nicaragüense, a estas dos figuras señeras de

nuestra poesía. Hizo el conferencjante resaltar, hábil y gratamente, la indiscutible influencia que en los primeros pasos poéticos de nuestro hoy premio Nobel hubo de ejercer, al igual que sobre tantos otros entonces incipientes poetas, el gran renovador de nuestra lírica y genial creador del «modernismo» Rubén Darío, quien aspira a abrir a la poesía un mundo nuevo, basado en el airoso trípode que se integra por musicalidad, forma y color. Con noticias y anécdotas bellamente salpicadas de interés y emoción, nos fué haciendo patentes muy diversas facetas y momentos de esta íntima amistad y aun compenetración espiritual entrambos vates, sostenida y aun resellada pese a cuantos obstáculos pudieron interferir el tiempo y la distancia, gracias a una intercomunicación epistolar prolongada en afectos y en años, de la que nos quedó como la prueba más cordial y patente la colaboración de Rubén en la revista «Helios», delicada y feliz creación de Juan Ramón Jiménez.

Mas pese a todo esto, supo así mismo, hacer resaltar, reiterada y diestramente, el disertante, la recia y propia personalidad poética de Juan Ramón Jiménez, quien aunque en un principio rindiera pleitesía al «modernismo», supo, pronto, con el noble impulso de su genio poético, librarse de tutelas y lanzarse a volar con alas propias, hallándose así mismo, al través de su ya larga obra, españolísima, perenne e inmortal.

Magnífica lección la de José Luis Cano, quien hizo revivir, al conjuro de su palabra flúida y erudita, un momento casi olvidado ya de nuestra poesía, y por pocos o por ninguno al igual que por él conocido. Toda la conferencia fué un homenaje cordial y merecido a la personalidad egregia de Juan Ramón Jiménez, sirviendo así tan pulcra como documentalmente al intento loable de nuestra Institución, que quiso y consiguió ofrendar homenaje público y merecido al ilustre poeta, que al alcanzar la preciadísimá distinción del premio «Nobel», consiguió para él y para España toda honra y provecho.

Conferencia de D. Gerardo Diego

Igualmente, bajo nuestro directo y corporativo patrocinio, disertó con fecha 3 de abril, en el salón de sesiones de la Excma. Diputación Provincial, y sobre el castizo y bien español tema: «Toros y poesía.—La suerte o la muerte», el exímio poeta, literato, musicólogo y académico de la Lengua, Excmo. Sr. D. Gerardo Diego.

Llevó la voz de nuestra Institución, para saludar y agradecer a tan insigne figura literaria, el honor de prestigiar esta tribuna, siempre abierta a toda noble empresa, nuestro compañero Juan Ruiz Peña, doblemente

unido a Gerardo Diego por los lazos espirituales de cátedra y poesía. Con palabra emotiva y cordial, saluda y hace un cumplido y bien ganado elogio de Gerardo Diego, al que en justicia llama poeta lírico, clásico e inmortal; grande e indiscutible maestro de nuestra poesía a quien los burgaleses debiéramos tener ya siempre en nuestro corazón, tan sólo por el hecho de haber sabido cincelar esa maravillosa criatura de arte, que es el soneto, honra del Parnaso español, que lleva como título «El ciprés de Silos».

Tras este bello pórtico, y en pos de breves y muy atinadas frases gratulatorias, comienza el insigne poeta su charla a la vez magistral y amenísima. Como premisa sienta la afirmación de cuan reciamente ligado se halla a esta noble tierra burgalesa, patria chica del autor de sus días y una e indivisible durante largos siglos con su región natal santanderina, cabeza hoy de aquel bello país que antaño se llamara «las montañas de Burgos».

Adentrado de lleno en el tema elegido, nos dice: que la fiesta de los toros es un rito que tiene altos valores poéticos y que la corrida es una metáfora de poemas. Analiza la belleza sustantiva y eficacia romántica del toreo, sus lances, su alegría y práctica demótica y lírica. Aludió al vocabulario poético que se ha usado desde los comienzos de las narraciones y relatos de festejos taurinos, hasta llegar a la revista actual; afirmando igualmente, que tanto en el toreo como en la poesía, hay que tener lo que castizamente se ha llamado «duende o ángel». Así Lagartijo, Joselito, Belmonte y Cagancho, con sus respectivos y privativos «duendes», enmarcan y señalan cuatro grandes caminos a nuestra poesía.

Rememoró sus primeras poesías de tema taurino, analizando al tiempo como han visto y tratado los poetas esta castiza fiesta, hasta llegar a la época actual, en que se practica—quizá con móvil crematístico—la literatura de camarilla (o de Camará, según nos afirma, jugando hábilmente el vocablo), más que probablemente por exigirlo así las exigencias económicas de los toros hoy día. Hizo cita también de los poetas que hablaron de la lidia en ambiente general y completo, destacando como el trío de grandes vates de la fiesta torera, a D. Nicolás Fernández de Moratín, en el siglo XVIII, y en el actual a Federico García Lorca y a Manuel Machado, quien aquí en Burgos supo encontrar un remanso espiritual capaz de mitigar sus dolores y zozobras de ánimo, durante los años heroicos de nuestra Cruzada Nacional, y que a Burgos—a fuer de agradecido y bien nacido—legó a la hora de emprender el viaje temeroso del que ya no se vuelve, lo que el gran sevillano más amaba después de a su Eulalia, «la Biblioteca Machado», magnífico tesoro espiritual que nuestra Institución conserva y ceta con devoción y amor.

Nos enseña después, con palabra fluida e ingeniosos ejemplos, cómo los poetas han tratado el aspecto del toro, recogiendo de paso, con persua-

sivos datos, las semblanzas poéticas que han inspirado varios de los toreros cumbre, cuales fueron Lagartijo, Reverte, El Espartero, Belmonte, etc., con quienes se inicia—dice—la base de la justificación literaria de la fiesta de toros, así como también, algo más tarde, con Sánchez Mejías y Manolete.

«*La suerte o la muerte*», tituló el insigne poeta la segunda parte de su, a la vez, docta y amena charla, comenzando por darnos a conocer cómo su afición y entusiasmo por la personalidad taurina de Belmonte, le impulsó a dedicar, al sin par trianero, un poema heróico de amplias y majetuosas dimensiones, titulado «*Oda a Belmonte*». Sigue, luego, escribiendo viñetas y editando varios libros poéticos, pertinentes al asunto taurino, empresa en la que el poeta invirtió varios años, para llegar, finalmente, a este momento actual en el que parece inminente la aparición de una gran obra de carácter, a la par monumental y bibliófilo, con el título de «*La suerte o la muerte*».

Como con broche de oro, cerró su bella charla, con la recitación sonora e impecable de algunas de las viñetas y poemas que integrarán el libro, y que fueron, si la memoria no nos falla, los que llevan por título: «*Presencia de Ignacio Sánchez Mejías*», «*Salida del toro*», «*Verónicas gitanas*», «*Media verónica*», «*La penúltima*» (dedicada a la corrida que toreó Manolete en Santander algunos días antes de su muerte), «*El espontáneo*», «*Zuloaga y Machado*», «*El natural por alto, de pitón a rabo*» y «*Enigma o profecía*», con la que finó el acto.

La concurrencia docta y copiosa, hasta llenar por completo el Salón espacioso, premió con una larga y cerrada ovación a D. Gerardo Diego, a quien cabe tributar, aquí, el mayor y merecido elogio con decir llanamente que estuvo a la altura de su reputación bien cimentada. Nuestra Institución, siempre en vanguardia de toda noble y cultural empresa, bien sabía que al brindar (valga la palabra un poquito torera, pues de toros se habló allí largamente) a D. Gerardo Diego la tribuna académica, palenque y troquel espiritual de esta ciudad querida, abogaba por una hermosa empresa, en la que todos los a ella llamados, merecieron un imparcial elogio.

Conferencia a cargo del Ilmo. Sr. D. José María Olmedo Almeida

Con fecha 26 del pasado mes de abril y bajo el patrocinio conjunto de nuestra Institución y de la Escuela de Investigaciones Castellanas, Santo Domingo de Guzmán, disertó, en el Círculo de la Unión, el culto

e ilustre magistrado de esta Audiencia Provincial D. José María Olmedo Almeida.

En pos de una efusiva y elocuente presentación a cargo de nuestro compañero de Academia D. José María Codón, quien, de mano maestra, supo hacer destacar la personalidad del disertante, jurista eminente y lector incansable, entró éste de lleno en el tema de su disertación: «*Categoría de la Catedral de Burgos en el Arte español y en el Universal*». Tras breve exordio de agradecimiento, razonó cómo el motivo de elección de tal tema, se basaba en que, a su juicio, existía una evidente falta de criterio valorativo y ponderado, entre los muchos ilustres tratadistas de Arte, que se habían ocupado en parangonar y aquilatar estos magnos paradigmas de piedra, aplicando a todos o a casi todos, con mano en exceso generosa, adjetivos y títulos que, si unos pocos convienen, otros muchos no son en justicia aplicables, creando así un clima de desorientación en el lector atento. Adentrándose más y más en el tema de su conferencia, el señor Olmedo explicó los antecedentes históricos de esos grandes monumentos religiosos que alcanzaron su máximo esplendor en la Edad Media y su máxima belleza en el Arte Gótico, siendo reflejo de la Civilización y Cultura cristianas. Fijó el área de expansión de las Catedrales que de la vieja Europa se extendieron a todo el mundo, e hizo notar que en España, esos monumentos religiosos, exceden a los civiles en importancia, como exponentes de la preponderancia del factor religioso en el pueblo ibérico.

Agregó, que en el mundo habrá unas 1.500 Catedrales, tantas como Obispos residenciales, pero que no todas ellas son de la misma categoría artística. De las españolas, situó en primera línea las metropolitanas de Brgos, Toledo, Sevilla, Granada, Santiago y Tarrasa, y de las sufragáneas, las de León, Valencia, Cuenca, Sigüenza, Málaga, Jaén, Palma, Barcelona, Segovia, Avila, Salamanca y Zaragoza.

Aun dentro del primer grupo de Catedrales, dijo que la de Burgos puede quedar en un plano superior con la de Toledo por su extraordinaria personalidad artística y monumental que la sitúan entre las doce mejores Basílicas del mundo, como la de Paris, Amiens, Reims, Colonia, Maguncia, San Pedro de Roma, Milán, Florencia y la de San Marcos, de Venecia, entre otras.

La disertación del culto Magistrado, prueba elocuente de un acervo cultural tan denso como metodizado, fué seguida con atención e interés por el numeroso y distinguido público que llenaba el Salón y que al final de ella le rindió la justicia de un aplauso entusiasta. Los Centros patrocinadores de estas nobles empresas del espíritu, ofrendamos también a D. José María Olmedo un merecido tributo de reconocimiento en buena lid ganado por este veterano servidor, a la vez, del Arte y la Justicia.

«Versos de Juan Ruíz Peña.—Lectura y comentario por Julián Lizondo Gascueña». — Uno y otro miembros Numerarios de esta Corporación.

Con sujeción a este cuestionario, breve, pero por demás sugestivo, organizó nuestra Academia, con fecha 10 de mayo pasado, una sesión poética, para rendir en ella merecido homenaje a nuestro compañero Juan Ruíz Peña, quien con su último libro «La vida misma», unánimemente elogiado por los más renombrados críticos literarios, ha conseguido alcanzar la perfección en su labor poética, desde años atrás, ya muy bien destacada, al través de una producción, no grande en cantidad, pero emotiva y selecta en calidad artística.

Un auditorio, que rebosando el salón espacioso, hubo de apiñarse hasta en los pasillos y lugares de acceso, integrado principalmente por rostros juveniles, eternamente curiosos y amantes de lo bello, acudió a esta nuestra llamada, merecido homenaje que la Institución quiso rendir a dos de sus constituyentes: Juan Ruíz Peña, poeta meritísimo, y Julián Lizondo, intérprete feliz, ecuánime y perfecto del alma y los sentires del compañero, cuya obra y cuyos méritos aspira a divulgar.

Tras un breve, mas muy bello preámbulo, en el que concienzuda y diestramente, va Lizondo, analizando en líneas generales las facetas y las características de la poesía de Ruíz Peña, entra aquél de lleno en el asunto de su disertación, con la recitación—en muy diversos momentos comentada—de varias poesías; anteriores las primeras a la publicación de «La vida misma», y entresacadas las más, en muy acertado florilegio, de esta última obra del poeta.

¡Cuán sentida, cuán bella y cuán rica en nostalgias e imágenes, es la vena poética del vate jerezano, y cuán bella y sonora evocación encuentran estos versos, al través de la dición perfecta, expresión conveniente y énfasis adecuado con que Julián Lizondo sabe ir desgranando las sonoras y rítmicas cadencias de hasta una veintena de poesías, recitales que arrancan sendas muestras de agrado y complacencia de aquel denso auditorio, más y más ganado y convencido a medida que el perfecto rapsoda avanza en la lectura, lectura que nos dice como esta tierra de Burgos, austera y recia siempre, pero jamás inhóspita, ha sabido calar, y muy profundo, en el alma y sentires de este hombre recoleto y admirable poeta que es Juan Ruíz Peña, que ama ya hasta la nieve, que jamás contemplara en su querida tierra jerezana como tan inarmónica con su sensibilidad meridional, y

la ama, y ama también a Burgos, como que en la ciudad, vieron la luz primera los hijos de su sangre!

Broche de oro de este recital, lo fué la «Oda a Burgos», composición que al merecer el preciado galardón de la Flor Natural en el certamen poético organizado por nuestro Ayuntamiento, en 1949, abrió para su autor el camino esplendente y fácil ya de la gloria.

Como final, el homenajeado, en breves y emocionadas frases, expresó su justa satisfacción y hondo agradecimiento por el delicado obsequio espiritual a su obra rendido. Con frase justiciera, patentiza su contento al oírse tan bella y pulcramente interpretado, en el fondo y la forma, por su gran amigo y magnífico recitador Julián Lizondo. Para él, primero—dice—y para la Institución Fernán González, que con tanto cariño ha querido, con la organización de esta fiesta de arte y poesía, hacer patente su estima, hacia uno de los suyos, toda mi gratitud.

En suma, fué una hermosa lección tan bello florilegio, que dió muy justo y merecido vuelo, a una faceta más de la labor de esta nuestra Academia, que incansable siempre, y pese a incomprensiones nunca justificadas, trabaja decidida en pos de la cultura e historia burgalesas. Para los dos artífices de tan gentil jornada, cordial enhorabuena.

I. G.^a R.